

ECUMENISMO Y VIDA MONÁSTICA

Los monjes pueden estar presentes en el movimiento ecuménico: lo han hecho en el pasado, lo hacen en la actualidad y seguramente lo harán también en el futuro. Pero el que algunos, como individuos y como miembros de una comunidad, participen en los estudios, la reflexión y la acción por la Unidad de los cristianos, no es todo. Queremos más bien referirnos a una realidad más profunda, que está en la base del hecho anteriormente señalado: la vida monástica en cuanto tal tiene una dimensión ecuménica; todo monje, por el hecho de serlo, vive, en cierta manera, la vocación ecuménica.

Para el autor del capítulo llamado “Signos de radicalismo en el movimiento ecuménico”, de la obra colectiva *The Ecumenical Advance*, las comunidades monásticas renacientes de las Iglesias reformadas son un signo eficaz de progreso ecuménico. El signo de Taizé, en particular, “puede recordar a muchos cristianos que el espíritu de disciplina, fundado en el culto, es esencial, si los cristianos tienen que vivir lo que los hermanos de Taizé llaman la alegría, la simplicidad y la misericordia del Evangelio”¹. Que este “signo” sea percibido y puesto en un lugar de relieve por los cristianos reformados, debe hacernos reflexionar.

No se trata solamente del “hacer”, sino del silencioso testimonio de la vida evangélica que transparente sus valores esenciales, con un alcance misionero y transformador *ad extra*, y un efecto de unión y de renovación *ad intra*. Hacia afuera y hacia adentro del Cuerpo de los bautizados, se entiende, pues el ecumenismo se refiere, en este caso, a la unión de los que aceptan en Cristo al Hijo de Dios.

La palabra “ecumenismo” es de uso reciente. Con ella se expresa el movimiento surgido en las primeras décadas del siglo XX, con vistas a unir las diferentes confesiones cristianas en una sola Iglesia. Por esa causa, que parecía poner a todas las Iglesias en un mismo nivel, como si la unidad no fuese desde ya una realidad de la Iglesia, sino el resultado de la unión de las comunidades, la Iglesia Católica, consciente de su propia naturaleza eclesial, no aceptó los principios del movimiento. La aspiración por la unidad estuvo presente, sin embargo, y se expresaba con términos como los de “regreso”, “reunión”. Pero el tema del retorno, tan irritante para los que no están en comunión con la Iglesia Católica, no fue empleado por el Concilio Vaticano II. El esfuerzo de reconstituir la unidad perdida la responsabilidad por la ruptura está compartida no solamente es delicado y largo, en el sentido de la prudencia humana, sino que requiere, además de las Iglesias, disponibilidad y búsqueda efectiva de la voluntad de Dios. Penitencia, humildad, conversión sincera, van incluidos entre las condiciones de la búsqueda, y la Iglesia Católica lleva también su parte en ello.

La Iglesia fundada y querida por el Señor resucitado, subsiste en la Iglesia Católica (*Const. sobre la Iglesia*, 8), la cual se reconoce unida a las demás comunidades cristianas por los valores evangélicos (*ib.*, 15). La eclesiología de la comunión, tal como la presenta el Concilio, abrió para el ecumenismo un campo hasta entonces cerrado, a la vez que los medios comprometidos anteriormente en el movimiento ecuménico iban descubriendo las notas de catolicidad, apostolicidad, unidad de la Iglesia de Cristo.

No nos es posible demorarnos comentando las orientaciones del Decreto sobre el Ecumenismo del Vaticano II. Los dos primeros capítulos requerirían una reflexión pausada. Vamos a

¹ *The Ecumenical Advance. A History of the Ecumenical Movement*. II. 1948-1968. Ed. H. E. FEY. London, SPCK, 1970, pp. 378-381. El autor del capítulo es D. L. EDWARDS.

limitarnos a indicar algunos jalones en la toma de conciencia ecuménica por los monjes en este siglo, y concluiremos con breves referencias a ciertos aspectos de la vida monástica relevantes en la perspectiva ecuménica.

León XIII, al fundar el Colegio internacional benedictino de San Anselmo de Roma, tenía presente una acción unionista con las Iglesias orientales. En una audiencia a los alumnos del mismo Colegio, el 22 de junio de 1893, lo expresó con toda claridad: “Este pensamiento (la reunión de los griegos cismáticos con la Iglesia romana) ha sido uno de los motivos que me han determinado a erigir el Colegio de San Anselmo”. La razón era que, según el Pontífice, los benedictinos eran los únicos latinos que no despertarían desconfianza en Oriente, “al contrario, ellos gozan todavía de la simpatía de los pueblos”. Los estudios deberían familiarizar a los jóvenes monjes con la tradición oriental porque, después, “en todas partes, es necesario que se levanten monasterios para atraer a los desviados a la verdad. Yo deseo ver partir estas colonias desde San Anselmo”². El Cardenal Pitra, osb, ya había escuchado expresiones semejantes de labios del Papa: “Los monjes negros de la antigua Orden, y monjes sabios, harán caer todas las barreras; todo parece ponerse en actividad para preparar este movimiento”³. Más tarde, el mismo León XIII confiará, con el *Motu proprio Sodalium Benedictinorum* del 12-XII-1897, el Colegio griego de Roma a la Orden de San Benito.

Si exceptuamos las expresiones que saben a una época y a una mentalidad hoy superadas (y que el P. Korolevskij, buen conocedor, atribuía, en el primer caso, al trasmisor de las palabras del Papa y no al mismo León XIII), este plan generoso tiene mucho de acertado. Hay una intuición fundamental que conserva toda su vigencia: la vida monástica, tan apreciada en Oriente, pertenece al patrimonio común; los monjes, remontándose por su tradición hasta la Iglesia indivisa, ni fueron actores en los sucesos que la dividieron ni en el “proselitismo” en que muchas veces concluyeron los intentos de unión. Por el contrario, su misma vida centrada en la oración y el trabajo (para León XIII el estudio es una forma privilegiada de trabajo), en el silencio y el retiro, conduce insensiblemente los hombres a la reconciliación y a la simpatía. Admirable intuición del anciano Papa que, desgraciadamente quedó sin realizar, por los sucesos del primer cuarto de siglo y por la situación de la Orden, recién confederada. Durante más de cinco lustros nada se llevó a cabo, hasta que un Papa, Pio XI fuertemente interesado por el Oriente cristiano en general, y el eslavo, en particular, en el clima de la primera posguerra retomará la idea. Ella se vinculaba, es verdad, con esperanzas acerca de la situación rusa que resultaron demasiado optimistas, pero así nacieron otras iniciativas en las que tuvieron mucha parte, entre otros, el realismo pastoral del metropolitano Andrés Szeptyckij (+ 1944) y la fantásica capacidad organizativa del P. Michel d’Herbigny, SJ (+ 1957), después obispo.

En esa década del 20 se precipitaron los acontecimientos: Mons. Szeptyckij dio en Roma una conferencia sobre la misión de los monjes en el trabajo unionista. Dom Lambert Beauduin (+ 1960), entonces monje de Mont-César y profesor de San Anselmo, se entusiasmará con la visión del metropolitano. El célebre P. Cirilo Korolevskij, alma apasionada, tenía presente la finalidad unionista con que León XIII había fundado el Colegio, y por medio del P. Beauduin trató de interesar al entonces Primado de la Orden, D. Fidelis de Stotzingen. Pero éste no quiso recordar cosas olvidadas. D. Beauduin no cejó, pues pensaba ya en una fundación monástica con esa orientación, y con un grupo de amigos influyentes logró hacer llegar sus inquietudes hasta el mismo Pío XI. Fue así como el Papa envió al Abad Primado la carta *Equidem verba*, del 21 de marzo de 1924. En ella, el Pontífice habla de la posibilidad de un apostolado benedictino entre los cristianos orientales separados, e invita al Abad Primado a tomar iniciativas con ese fin, en

² *Revue Bénédictine* 11 (1894) 39-43. El texto no es oficial, sino tomado de los apuntes de un alumno que estuvo presente en la audiencia

³ G. A. de LILIENFELD: “Le Cardinal Pitra”, en: *Irénikon* 6 (1929) 70. Cfr. R. F. ESPÓSITO: *Leone XIII e l’Oriente cristiano. Studio storico-sistemático*. Roma, Ed. Paoline, 1961, pp. 55-60.

especial orar por la Unidad y fundar monasterios más especialmente dedicados a ese trabajo⁴. El P. Stotzingen tuvo que ceder, y D. Beauduin pudo iniciar en 1925, con un grupo de diez, la vida regular en Amay. Pero él mismo tuvo que renunciar en 1928 y retirarse, y sólo pudo volver a su monasterio, trasladado posteriormente a Chevetogne, pocos años antes de su muerte⁵.

Con la intervención romana de 1928 terminó la primera etapa del monasterio de la Unión, y con ella naufragaron parcialmente los ideales de sus promotores. Pero el monasterio, aunque no pudo hacer ninguna fundación, ha demostrado ser uno de los signos más preciosos de la esperanza católica por la unidad. Su presencia orante, su trabajo intelectual y artístico han contribuido a formar un núcleo de teólogos y pensadores que, en su momento, supieron transmitir a otros niveles de la Iglesia el cambio que era necesario. Pero Me sobre todo un centro de oración litúrgica y de espiritualidad, lugar de encuentro entre los cristianos separados, y de esa manera, con las limitaciones propias al tiempo de los hombres, señaló a muchos el camino y anticipó la misión unionista que debería ser la de todo monasterio.

Algunos otros monasterios tomaron iniciativas ecuménicas, casi todas ellas orientadas hacia el estudio de la tradición y la liturgia orientales y el contacto con teólogos y pastores de otras Iglesias. Recordemos a la *Catholica Unio*, cuyo centro para la Argentina estaba en la Abadía del Niño Dios (Entre Ríos). Pero volvámonos más bien hacia los motivos internos de la consentaneidad entra vida monástica y acción ecuménica, entrevistados por León XIII y Pío XI.

¿Cuál es el alcance ecuménico de la vida monástica? Muchos han intentado decirlo: han notado las “obras” que pueden hacer los monjes; han descrito los sentimientos de fraternidad y mutuo reconocimiento que fieles de diferentes iglesias experimentan al entrar en contacto con el ambiente monástico⁶.

Dejando de lado el aspecto “práctico”, atendamos más bien hacia algo que se da en la vida monástica en sí misma, y la hace patrimonio común de todo cristiano, quien puede llegar a reconocerse en ella. *Puede*, escribimos, porque es necesario que el cristiano sepa cuál es el contenido de su fe, y que el monasterio, por su parte, dé un testimonio abierto y claro. Para ello basta con que el monje sea un monje, sencillamente dispuesto a escuchar la voz de Dios, viviendo su Evangelio todos los días. La organización misma del monasterio debería ser un paradigma de la vida cristiana más ferviente, en un nivel en el que no caben disputas ni divisiones. Sea cual fuere la distancia que separará inevitablemente la realidad del ideal, podemos esperar que un monasterio podrá cumplir siempre con su función en este sentido. Función de unión, pues todos los cristianos, todos los hombres de buena voluntad se reencuentran en los ritmos de la plegaria y del silencio laborioso. Función universal, porque reduce las múltiples divisiones a la unidad *monos*, único, y se presenta en una forma que por ser sencilla es más fácilmente reconocida y adaptada.

⁴ La carta nunca se publicó en A.A.S. La dieron a conocer *La libre Belgique* y *Studion* 1 (1923-1924) 107-110, la revista del dinámico P. Korolevskij. La publicó nuevamente en traducción francesa D. O. ROUSSEAU en *Irénikon* 22 (1949) 189-196.

⁵ Sobre estos acontecimientos y sus actores: C. KOROLEVSKIJ: “La mission de l’Ordre Bénédictin dans l’apostolat grecoslave”, en: *Studion* 1 (1923-1924) 97-122; *Métropolitaine A. Szeptyckij (1865-1944)*. Roma, 1964, espec. pp. 272-273; O. ROUSSEAU: “1924-1949. Lettre pontificale *Equidem Verba*”, en: *Irénikon* 22 (1949) 189-196; L. BEAUDUIN: “Jubilé du monastère de l’Union, 1925-1950”; *ib.* 23 (1950) 369-376; 24 (1951) 28-36; O. ROUSSEAU: “I benedettini e l’Unità cristiana”, en: *Il problema ecumenico, oggi*, ed. C. BOYER. Brescia, Queriniana, 1960, pp. 523-544; Y. CONGAR: “Préface: Appels et cheminements”, en: *Chrétiens en dialogue*. Paris, Ed. du Cerf, 1964, pp. XVII-XVIII-XLV; M. CAPPUYNS: “Dom Lambert Beauduin (1873-1960). Quelques documents et souvenirs”, en: *Rev. Hist. Eccl.* 61 (1966) 424-454; 761-807. D. L. Beauduin presentó en las célebres conversaciones de Malinas con los anglicanos, patrocinadas por el Cardenal Mercier, una memoria sobre la “Iglesia Anglicana unida, no absorbida”, cuyas ideas principales han sido retomadas recientemente en pública conferencia por Mons. B. C. BUTLER, obispo auxiliar de Westminster.

⁶ R. A. BOTTEMAN - Sr M. A. HOUDART: “Oecuménisme monastique”, en: *Coll. Cist.* 29 (1967) 223-239. Para lo que sigue, tener en cuenta los artículos del archimandrita A. SCRIMA. El número 1 de 1970 de *Coll. Cist.* trae interesantes artículos sobre el tema (HOUDART, PLAMADEALA, LOUF), y el número 82 de *Verbum Caro* (1967) está dedicado al tema de la oración por la unidad.

Para que el ecumenismo pueda seguir su marcha, es necesario que el Señor acuerde su gracia para ello. Debe ser pedido y la oración es central en la vida del monje y acompañada con la colaboración, no sólo la material sino, sobre todo espíritu de conversión interior. Leemos en el capítulo 2 del Decreto sobre el Ecumenismo:

“Toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad hacia su vocación: por eso, sin duda, se explica porqué el movimiento tiende hacia la unidad. La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana necesita permanentemente... Esta renovación tiene, por tanto, extraordinaria importancia ecuménica” (N. 6). “El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior... Recuerden todos los fieles que tanto mejor promoverán e incluso practicarán la unión de los cristianos cuanto mayor sea el esfuerzo para vivir una vida más pura según el Evangelio. Porque cuanto más estrecha sea su comunión con el Padre, el Verbo y el Espíritu, más íntimamente y más fácilmente podrán aumentar la mutua hermandad” (N. 7)⁷.

Aplicado a la vida monástica resulta que a mejor “calidad” de ésta, corresponde una identidad mayor con la vocación ecuménica de la Iglesia. La razón es que el monje, que se sitúa en el corazón mismo del misterio, puede hacer suyos el movimiento y la aspiración de la Iglesia toda.

En particular, algunos elementos esenciales de la vida monástica son connaturales para todo cristiano: los valores de la comunidad y la solidaridad fraterna, el trabajo, la hospitalidad, que es un signo siempre eficaz de apertura y generosidad, la oración que tiende a hacerse continua, “sin pausa”, en una palabra, en las exigencias de la santidad a que todo bautizado está llamado y que, en la vida monástica reviste una forma particular. Las Iglesias ortodoxas y orientales viven intensamente de estas realidades en sus numerosos monasterios. Las comunidades anglicanas y de la Reforma las han redescubierto en los últimos tiempos, redescubrimiento hecho posible porque su propia fidelidad cristiana les obligaba a replantearse en momentos privilegiados la naturaleza misma de su vocación a la santidad. El artículo del P. Meinhold, reproducido en este número, los libros de Benz y Perchenet recensionados también aquí, dan ejemplos de ello.

El monje es, pues, un testigo de la unidad ya existente y sin embargo relativa, que desea volverse total. Fiel a su Iglesia y heredero de su tradición desea comprender la tradición de sus hermanos y hacer comprender la suya, pero, sobre todo, orar para que llegue la hora del Señor y adelantarla con su propia vida. De esta toma de conciencia pueden nacer iniciativas eficaces: de reflexión y de estudio, de ayuda a los hermanos necesitados la caridad ha sido desde los tiempos de Pablo un signo de comunión entre las Iglesias, la oración en común, el conocimiento recíproco que engendra la amistad y el amor. Si nuestros monasterios se presentan ante los hombres como casas de Dios, por medio nuestro El obrará el acercamiento de los corazones y de los espíritus.

No serán los monjes el caballo de Troya para imponer un “regreso”. Entender exclusivamente así las expresiones de León XIII, por ejemplo, es hacerle poca justicia. Los monjes deben ser, en cambio, la vanguardia de la Iglesia en su conversión, en su retorno interior a la fuente viva e incesante del Evangelio.

De esta manera, resulta que el ecumenismo es un aspecto capital de la vocación monástica. Más todavía, es una responsabilidad que ha sido confiada a los monjes y que no pueden desechar sin

⁷ Citamos la trad. cast. de la BAC, edición de bolsillo. En la segunda parte del *Directorio Ecuménico* (promulgado el 16-IV-70) leemos: “Como hay que pensar que el Espíritu actúa en el movimiento ecuménico, conviene que en la formación ecuménica se atienda ante todo a la conversión del corazón, a la vida espiritual y a su renovación...” (*Oss. Rom.* trad. cast. 14 junio 1970, p. 8).

hacerse culpables de ahondar las divisiones existentes. Predicando con su vida la necesidad de la conversión, poniendo en práctica las exigencias del Evangelio, purifican a la Iglesia, expiando las faltas que ha habido, renovando su rostro para hacerla mejor y más fiel Esposa de su Salvador.

Que esta exigencia se encarne en nuestra vida, se haga explícita, y sea incluida en nuestras metas, en la formación, en las actitudes y, sobre todo, en la oración de los monjes. No será nunca un agregado, un elemento auténtico: será el resultado inspirado por el Espíritu de la convicción de formar parte del Pueblo de Dios peregrinante hacia la unidad.

Abadía de San Benito - Bs. Aires